

Grupa de caracol, estela de nácar

El intelectual rampante

Basilio Baltasar

Editorial KRK

Oviedo, 2023

Antonio Enrique

Eso tiene de bueno la literatura, que nos habla a cada cual de manera distinta. Así debe ser para que fructifique. En *El intelectual rampante* nos encontramos con un texto tan denso, y a la vez tan ágilmente escrito, que absorbe: ensayo puro. Yo diría que, ante todo, es un elogio al lector, sirviéndose de autores que algún día fueron lectores. Y a esto va Basilio Baltasar (1955), a la protohistoria que todo libro tiene. En ella encontraremos el sentido que cada libro oculta, el eslabón último de las aspiraciones de toda pesquisa crítica. Más allá ni hay ni puede haber: el sentido. Con una penetración extraña, B.B. escribe, se diría, por impregnación de los libros cuyo sentido es a desentrañar, impregnación que incluye la mimesis con los autores que los hicieron posible, más una insólita sintonía con cada autor y con cada obra. Penetrante, sí, lo que primero resalta, pero ágil en lo conceptualmente expuesto. Se percibe que escribe despacio, tras un proceso de reflexión moroso, exigente, inmisericorde. Por eso conviene ir despacio en su lectura (dos meses he necesitado para sus 34 ensayos). Porque partimos, además, de una cultura pasmosa en su diversidad, profundidad y rareza, en todas las áreas del saber, desde lo mítico a lo biológico, lo histórico a lo proverbial, lo psíquico a lo perecedero, lo bíblico a lo esotérico. Pues inevitable se hace pasar del sentido de la vida al de la muerte, y cómo ambas conforman el ser de la propia literatura.

Poca justicia, sin embargo, haría a este singular libro que nos detiene si no incidiese en su estilo, para mí lo más relevante del texto, tratándose por añadidura de un libro de ensayo, género normalmente hípido y correoso. Se desliza sobre sí mismo, gira sobre su eje, lo cual lo convierte en materia rigurosamente estética, una suerte peregrina de peso y contrapeso. Y sí, sin duda estamos ante uno de los estilistas más plausibles de nuestra lengua. Melódico ante todo, su armazón radica en la depuración sintáctica: la del “tres por dos”: tres frases concatenadas, seguidas del estribo de dos. A veces, se invierte: dos oraciones en participio, tres en silogística conclusión. Se trata del esquema básico de la lira, en prosa: su geometría tonal. Así fluye, éste es el ritmo. Ideal es para la esgrima dialéctica, aconsejable para la persuasión; y a este efecto es que usa la anáfora ascendente con prodigalidad. Ni cansa ni se cansa. De hecho absorbe al lector, se diría que por algo parecido a la hipnosis. A esto hay que unir la precisión léxico-semántica: la adjetivación brillante, por ejemplo, con inesperados términos de asociación imprevista que causan efecto basculante. A lo que vendría bien añadir su finura, cierta música interior que lo hace incompatible con el trazo grueso. Nunca molesta ni tampoco es excesivo. Se mantiene en la discreción, tal vez por su tendencia al claroscuro; a tal cosa en otro tiempo la llamaron elegancia. Alguna vez puede parecer que su prosa “se empine”; no lo es para apabullar con sus conocimientos –pedantería, ni una-, sino porque la convicción es contagiosa, cuanto más el entusiasmo. Esa finura yo creo que es de impronta mediterránea (el autor es de mallorquina nación, y ha sido fértil editor, impulsor de revistas señeras y promotor de los encuentros literarios y reconocimientos internacionales más señeros de este país). Una finura radial, envolvente y expansiva: el arte de la sutileza.

Tengo la fortuna de celebrar la amistad con el autor desde hace muchos años. Es el causante de que quien esto escribe perpetrase *Canon heterodoxo*, una apuesta historiográfica de la literatura española desde “la otra ladera”. Y su obsesión entonces, y aún ahora, fue y es “escribir un libro que enseñe a leer”. Lo cual debe ser, más allá de lo casuístico, un oficio de virtuosos. No se trata de entender un libro; de lo que se trata es de fundirse a tal punto con el texto que se desvele lo que explícitamente no se dice. Ahí está su secreto. No se lee de fuera hacia adentro, sino al revés, instalándose adentro y al centro. Por esto, lo que como autor valoro más en él es su poder de concentración, voraz. Nada le desvía ni aparta. Nada le apresura. Nada le detiene. Y es libre, y cercano cuanto más necesitas seguir leyendo. Montaigne, Azorín corriendo el tiempo, ambos dimanantes del jardín francés. La claridad, la cohesión, el hálito.

Todos y cada uno de los treinta y cuatro ensayos darían para una lucida digresión, y créanme que ninguno se repite, porque, en cada uno de ellos, se iza y cae el telón. Sí hay preferencias, como es natural, pero al maestro Borges le hubiesen gustado todos. Y a Eco le hubiera seducido la controversia que cada uno de ellos infunde. Al igual que con Harold Bloom o Roberto Calasso, entre otros muchos antropólogos, diría, de la literatura, o eminentes teóricos de todas las escuelas. Estas preferencias abarcan la literatura universal desde la remota China y se mencionan en su caso o bien se desarrollan debidamente, desde el aldabonazo de inicio, *La trilogía de Jesús*, de Coetzee: Sade, Hoffmann, Mary Shelley, Poe, Melville, Stevenson, Wells (pág. 74), y tantos otros de cualquier palo del frondoso árbol de géneros y tiempos, con anuencia de “picos altos”, como pudieran ser “Llevar atado al cinto un perro muerto” o “El secreto de Zópiro en Babilonia”. Sí están presentes Cervantes y García Márquez, hasta Josep Pla está, para delicia de lectores convergentes. Para concluir con una especie de epítome sociológico, pues la preocupación estrictamente humana sobre los tiempos que nos ha tocado vivir ha sobrevolado nuestro libro: “La década mutante”. Y esto es en parte así porque tales ensayos hubieron de publicarse como artículos de prensa antes, en medios para los que la opinión es aún un género literario: Claves, Jot Down, La Vanguardia, El País, Carnets de Formentor.

En un esmerado prólogo, Anna Caballé alude a una autóctona fiesta que, en Menorca, podría estar en el origen siquiera subconsciente o intencional del apelativo “rampante”: a ver quién de sus caballos lo mantiene en corveta por más tiempo. Rampantes son también los koalas, en tierras australes, pero me temo que sólo a efectos satírico-burlescos (descienden exclusivamente para defecar). Rampante, sobre todo, fue aquel calviniano barón que se enarboló de por vida y se carteó con los personajes más egregios de su tiempo. Esto es, su condición de rampante no le impidió relacionarse con el mundo, todo lo contrario. Como al isleño que es nuestro autor estar al tanto de lo que se escribe por esos mundos. Lo de “rampante” para mí viene a ser más condición que la del adjetivo, la del participio de presente, es decir sustantiva: echo mi cuerpo encima de los cuartos traseros para aspirar más alto, para con mis garras aprehender el vacío, alcanzar lo inasible. O sea, que B.B. es un rampante de la literatura (como otros son rumiantes, es decir bóvidos). Pero lo de arriba resulta que estaba abajo, según Trimegisto. El caracol va dejando rastro de nácar. Y el nácar luz es.

3 agosto 2023